

# LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

## EL MES DE MARIA

**T**odos los días y todos los meses son tiempos oportunos para honrar á la Virgen, para consagrarnos á su servicio; mas la Iglesia, obrando con la sabia prudencia y amor de madre, con que lo hace siempre en todas sus determinaciones, destinó dos tiempos en particular al culto de nuestra protectora y siempre amada María, que son los meses de Octubre, llamado mes del Rosario, y el mes de Mayo. ¿Qué fines se propuso la Iglesia con esto? Conviene que lo tengamos muy presente. En primer lugar, quiere recordarnos el deber que tenemos de ser amantes de María. Sabe perfectamente que por María nos han de venir todas las gracias, y en ella está el consuelo de nuestra vida de peregrinos sobre la tierra; sabe que sin ella, sin su protección, no se puede salvar nadie; sabe también que todo cuanto hagamos en honor de María resulta igualmente en honor de Dios. Otro fin es despertar nuestra devoción. Supone que todo cristiano ama á la Virgen, que todos rezan su salterio, el Santísimo Rosario, que todos la invocan con veneración, y que todos, finalmente, se tienen por hijos de María; mas, temerosa de que se disipe algo esa devoción tan necesaria, llama á todos y exhorta á todos á renovar los propósitos que tenemos hechos de servir á María; y con nuevos cánticos, con nuevas plegarias que pone en nuestros labios, consigue, en efecto, despertar dulces sentimientos, emociones inefables en el corazón de los fieles servidores de la "Madre del amor hermoso".

¡El mes de Mayo...! ¡el mes de María! El cristiano

que siente con viveza, que medita profundamente en lo sublime y elevado de su religión sacrosanta, admira una y mil veces las relaciones de semejanza que hay entre el mes de Mayo y María. Mayo es el mes más hermoso del año. En él la naturaleza toda se engalana, despierta y sale de su inercia invernal, y ofrécese hechicera á nuestra vista. Y ¿quién es María? ¡María! Si tu nombre nada significara; si en tu frente no brillase la luz más clara que al cielo y al mundo iluminó; si no fueses la Madre de Jesús; si la tierra toda no me hablase de tí, tal vez me atreviese á contestar á la pregunta... Pero ¿y qué? no podré decir siquiera lo que no sois, ó por alguna semejanza vislumbrar la definición de quién eres? Sí; ya sé lo que debo decir. Sois mi Madre, y con esto lo he dicho todo. ¡Qué razón tiene la Iglesia para consagraros el mes de las flores! Tú, mejor que la naturaleza, sabes despertar del profundo letargo del pecado á tantas almas que duermen este sueño peligroso. Les ofreces las fragantes flores de las praderas del cielo; y sobre todo, nos enseñas á enamorarnos de lo que es en verdad belleza cierta y duradera.

Así habla el sentimiento cristiano; y este lenguaje debemos usar todos. Admirando las grandezas de María, cuyo esbozo son las que la naturaleza ostenta; gozándonos con ella en estas obras divinas; pidiéndole consuelo, ayuda para nosotros y para nuestros obligados, es el modo de consagrarle este mes á ella dedicado por la Iglesia.

Acudamos á las *Flores*, y todos los días hagamos un obsequio á esta nuestra Madre: su protección es segura.

Venid y vamos todos  
Con flores á María,  
Con flores á porfía,  
Que Madre nuestra es.

F.

## SANTA CATALINA DE SENA

(30 de Abril).

**S**ON los Santos flores hermosas que adornan el pensil de la Iglesia con su belleza y le aroman con sus místicos perfumes. Cada una de esas flores es emblema de una virtud especial, expresión de una gracia sobresaliente, copia más ó menos viva de las gracias, virtudes, dones y carismas que adornaron el alma del divino modelo, Cristo Jesús, que á sí mismo se llama en la Sagrada Escritura *flor de los campos y lirio de los valles*. El es, además del modelo y el tipo de toda belleza, el divino jardinero que escoge y traslada al jardín de la Iglesia las flores que más le placen y las cultiva con solícito esmero. Y tales complacencias pone á veces en algunas de sus flores que desde su nacimiento las rodea de cuidados, las preserva de toda suerte de enemigos y de contrarias influencias, las riega á menudo con las aguas fecundantes de su gracia y las enriquece con sus dones celestiales.

Una de estas flores regaladas fué la seráfica virgen Santa Catalina de Sena, ornamento de la Tercera Orden de Santo Domingo, gloria y blasón de la Iglesia y dechado de toda perfección para las almas virtuosas. Desde sus primeros años la distinguió el divino Esposo Jesús con los favores de su amor y de su gracia. Nada más bello ni más encantador que la historia de las relaciones entre el corazón de Santa Catalina y el de su Esposo celestial, relaciones que por lo extraordinarias y estupendamente maravillosas parecen verdaderas locuras de amor, y serían increíbles si no constasen en la historia por el testimonio de los discípulos de nuestra Santa y por las manifestaciones que ella misma hizo en especial á su confesor el dominico beato Raimundo de Capua. Un certamen espiritual parece que se estableció entre Jesús y Catalina, para ver de excederse mutuamente en muestras de amor. Jesús cuidó de Catalina desde sus más tiernos años, preservándola de toda mancha de pecado grave, para que así fuese digna de las finezas de su cariño y hermoso templo en que El se hospedase complacido. La favorecía con regalos y consuelos espirituales; la aliviaba la carga de las tribulaciones y contrariedades con que el mundo la perseguía; la acompañaba muchas veces á rezar el oficio divino; la enviaba otras á sus ángeles, á sus santos y hasta á su bendita

Madre, para que la diesen ratos deliciosísimos de conversación espiritual; se le aparecía lleno de gloria y de hermosura con frecuencia, sobre todo al recibirle en la sagrada comunión; mostrábase á ella sonriente y afable, para compensarla de las angustias que le causaban las pruebas y tentaciones horrendas con que el mismo Jesús quiso probar por algún tiempo su fidelidad; la reveló muchas cosas ocultas y en varias ocasiones la concedió facultad para hacer milagros, y, como si todo esto le pareciese poco, la escogió para esposa suya en la fe, celebrando visiblemente estos desposorios en presencia de la Virgen Santísima y de otros muchos santos; la imprimió en manos, pies y costado las señales de sus llagas sacratísimas, y por fin, accediendo á las súplicas de Catalina, que no cesaba de pedirle que purificase más su corazón, para amarle más dignamente, obró con ella un prodigio estupendo, que no se lee obrase con algún otro santo, y fué á arrancarle el corazón del pecho, y después de algunos días traerle otro muy rojo y muy brillante que colocó de nuevo en el pecho de la santa diciéndole al mismo tiempo: «Hija mía queridísima, el otro día te cogí tu corazón; hoy te doy el mío; él te servirá en adelante».

A su vez Catalina procuraba corresponder á las finezas de su amado, sufriendo con paciencia trabajos y dolores por su amor. ¿Quién podrá referir brevemente las obras llevadas á cabo por Santa Catalina en bien de la Iglesia, de las naciones cristianas y de los hombres sus hermanos? Ella trabajó lo indecible en la extinción del espantoso cisma que entonces desgarraba la Iglesia, y no paró hasta conseguir que el verdadero Papa trasladase la residencia de Aviñón á Roma; ella, en calidad de embajadora, pacificó muchas repúblicas de Italia, que se hacían cruda guerra; ella convirtió innumerables pecadores, algunos en el mismo patíbulo, á donde sin miedo los acompañaba; ella obró prodigios de caridad y heroicidades de abnegación y de sacrificio, y ella, en fin, imitó cuanto pudo las virtudes, los actos, la vida, la pasión y muerte de Jesucristo.

Para que la conformación fuese todavía más acabada murió esta heroína de la santidad á la misma edad que su divino Esposo Jesús, ó sea en el año treinta y tres de su vida.

Encomendémonos todos á ella y procuremos imitar sus virtudes, que para eso nos propone la Iglesia sus santos.

# ESPERANZA É ILUSIÓN

Dime tu nombre—Esperanza.

## I

### ESPERANZA

Dulcísimo ensueño de un alma que gime,  
Dolores y angustias allende los mares,  
Bellísimo idioma, canción tan sublime  
Como es el recuerdo de paternos lares.

Suavísimo aroma de encendida rosa,  
Del amor más puro emblema y afán;  
Es su cáliz de oro que siempre rebosa  
Misteriosa lava de ardiente volcán.

Es su faz radiante como el sol más bello,  
Encanto de liras que en su amor esperan;  
Muy largos, muy largos sus blondos cabellos  
Y azules sus ojos cual la azul esfera.

Beldad siempre mágica, al nacer la aurora,  
Cruzará el espacio en busca de amor.

¡Poetas! ¡poetas! que ahí es donde mora  
La emoción del arte, la paz y el dolor.

¡Poetas! más poetas que en sus benditas liras  
Reflejen los anhelos del puro y casto amor,  
Y enseñen á los tristes á reprimir sus iras  
Y á mitigar la llama del más cruel dolor.

Poetas que en conciertos de bellas emociones  
Ahuyenten de las nubes la espesa oscuridad,  
Y en su amor de querubes dilaten corazones  
Y rindan mil loores al lema «Caridad».

Mas... ¡oh Musa divina! dime ¿cuál es tu gracia?

¿Te llamas luz ó aurora de plácida bonanza?

¿Te llamas resplandor ó mística fragancia?

¡No!, ¡no!, tu nombre es aún más puro,

Tu nombre es ¡Esperanza!

Aire, sombra, polvo, humo...

## II

### ILUSIÓN

Transparente tul de nube inquieta y vaporosa,  
La bruma mas ligera le puede aniquilar;  
Aroma que se escapa de una fragante rosa;  
Espuma que se pierde en el extenso mar.

Visión que fascina, canción de sirenas,  
La escucha el marino en sueños de amor;  
Cantando sus cuitas, olvida sus penas,

Sufrir es mentira, ficción el dolor.

Ella es dulce brisa que besa, callando,  
Pétalos muy rojos de encendida flor;  
Heraldo sublime que corre, cantando  
Gloria sin medida que acalla el dolor.

Mas ¡cállate, oh Musa!, que en tus ilusiones  
Te eclipsa una nube, te mata un rencor.  
Fascinias y engañas bellos corazones  
Y robas sus gracias á la fresca flor.

¡Dormidos los ecos!... ¡marchitas las flores!...  
Ya no se oye nada... ¡todo es soledad!...  
¡Adiós esperanzas! ¡adiós ilusiones!  
¡Qué triste es la noche de la realidad!

.....  
.....  
Ya no hay dulces sueños, ya no hay noches bellas,  
Ya no hay esperanzas, ya no hay ilusión.  
Ya no hay en el cielo brillantes estrellas;  
Todo es negro abismo, todo es confusión.

.....  
Murieron los recuerdos de dulces armonías;  
¡Ay! sin su grato aroma se muere el corazón.  
Así son de este mundo las vanas alegrías...  
¡Adiós, perdidas glorias! ¡adiós! ¡¡adiós!! ¡¡¡adiós!!!

FR. JULIO DEL VALLE.

Convento de San Esteban—Salamanca—Marzo de 1910.

---

# SAN VICENTE FERRER

## EN SALAMANCA

---

**M**AGNÍFICO es contemplar en una noche serena de primavera el parpadeo constante de las infinitas estrellas que pueblan el espacio; encantador es para el viajero curioso y pensador el espectáculo que le ofrece la naturaleza, al divisar desde lo alto de una colina tierras desconocidas, con sus ricos collados, frondosos bosques y valles fertilísimos; alegre es al navegante ver acercarse por momentos su entrada en la tierra querida que le vió nacer y donde le esperan sus conocidos con los brazos abiertos, para estrecharle contra su corazón; grandes en extremo son las emociones de indescriptible regocijo y de entusiasmo infinito del valiente soldado al volver á su patria y á su hogar querido,

trayendo en su cuerpo señales de su heroísmo, y su frente coronada por el laurel de la victoria. Pero, además de estos sentimientos puramente naturales y propios de todo corazón bien nacido, hay un océano inmenso, sin playas ni riberas, de dulces recuerdos y emociones inefables para el cristiano, y es el recuerdo de las cosas santas y divinas. Entre otras muchas cosas que excitan vivamente nuestros corazones y los hacen saltar de gozo, son las que de alguna manera pertenecen á los santos, á esos héroes de la Iglesia de Cristo, que ahora pueblan el cielo. ¡Ah, qué embeleso más celestial es ver una reliquia de alguno de esos bienaventurados!, y ¡con qué respeto, con qué fervor y entusiasmo religiosos no la besa el creyente! ¡Qué hermoso, qué sublime, qué divino es pisar los lugares regados con la sangre de los mártires y santificados con su presencia! ¡Dichosa eres, España, patria de tantos santos! Y ¡dichosa mil veces Salamanca, que fuiste favorecida como pocas ciudades españolas, con la visita de muchos y de los más ilustres! Entre otros debemos contar al apóstol de Valencia, San Vicente Ferrer, estrella de primera magnitud del cielo dominicano. Vamos á recordar brevemente lo que hizo durante su estancia en Salamanca.

Mucho antes que el Santo llegó su fama á la ciudad del Tormes. Los portentos que Dios había obrado por su mediación, y el sinnúmero de conversiones, fruto de su milagroso apostolado, de que eran testigos casi todas las provincias de España, Francia, Inglaterra, Escocia, Bretaña y otros reinos, le habían hecho célebre en toda Europa. Después de evangelizar las naciones dichas, volvió á su patria, y á mediados de Febrero del año de 1412, hizo su entrada en Salamanca, viniendo directamente de Valladolid.

¿Qué cosa llamará primeramente su atención? Todos lo adivinaban muy pronto. Estaba entonces España plagada de judíos y moros, y el celo del Santo por la salvación de estas desgraciadas gentes era tan grande, que lo había hecho tema favorito de sus predicaciones. Admírese la cifra de conversiones que los historiadores cuentan: sólo en España atrajo á la Iglesia ocho mil moros y treinta y cinco mil judíos, cifra enorme, aun descontando los que no tuvieron la dicha de perseverar en la fe, si se tiene en cuenta su tenacidad en defender sus errores. Por eso, apenas llegó á Salamanca, todo

su afán fué reducir al cristianismo los judíos, que aquí tenían una sinagoga, y lo consiguió muy pronto. Un sábado, cuando se hallaban reunidos celebrando sus fiestas, y muy lejos de pensar en lo que iba á suceder, entró de improviso el Santo con un judío, ya amigo suyo, que con este intento se había quedado fuera. Entra con una cruz en la mano, y ellos, turbados por lo extraño del caso, quedaron como petrificados. Pasa el momento de extrañeza y comienzan los murmullos, vociferan, gritan desaforadamente, impelen al Santo y le quieren obligar á salir; mas él, cada vez más enardecido en el amor por aquellas pobres almas, levanta su cruz, suplica con lágrimas que le escuchen. Cesan un poco las murmuraciones, y les habló con tanta unción y con tan claros y elocuentes razonamientos de la venida del Mesías, que ellos aún esperaban, que esto sólo bastara para convencerlos. Pero Dios, á fin de que el tiempo se acelerase y fuese completo, confirmó la predicación de su celoso apóstol con un prodigio. Las bóvedas de la sinagoga se abren y del cielo descendió una lluvia de crucecitas blancas, que se adherían á los vestidos de los asistentes. Aquí el cuadro cambia; los murmullos se convierten en alabanzas, y entre lágrimas y suspiros, del más vivo y sincero arrepentimiento, piden al Santo ser admitidos en la religión del Crucificado, á quien ellos poco antes tanto odiaban. Así se hizo, efectivamente, y el bautismo de estos judíos fué un hecho ruidosísimo, y abrió la puerta á la conversión de una multitud innumerable de pecadores. Desde este momento comienza francamente su apostolado el santo dominico, y las gentes correrán de todas partes en tropel á oír la divina palabra, y los milagros se multiplicarán sin cesar. Ahora, callando muchos hechos, muy interesantes por cierto, pero que no se pueden recordar sin ser prolijos, paso á referir uno que merece larga descripción.

Dios quiso revelar á su predilecto apóstol San Juan por una serie de visiones, los grandes acontecimientos de todos los tiempos posteriores á la venida de Jesucristo hasta el fin del mundo. Y como para el hombre es muy difícil, por no decir imposible, adivinar el cumplimiento de esos sucesos, sólo debemos tener por seguro lo que el mismo Dios revela á sus escogidos. Con este criterio entremos á examinar un hecho de los predichos por San Juan. Cuenta este Evangelista en el capítulo xiv de su Apocalípsis, que vió un ángel

que iba volando por medio del cielo y decía en alta voz: «Temed al Señor y honradle, porque se acerca la hora de su juicio; adorad al que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y las fuentes de las aguas». San Vicente Ferrer probó que él era ese ángel del Apocalipsis. Como era tan numerosa la muchedumbre de gente que formaba el auditorio de este taumaturgo, se vió obligado á predicar en los sitios públicos, y un día que predicaba desde una pequeña altura, llamada *Monte Olivete*, quedó como en éxtasis sus ojos fijos en el cielo, y los brazos extendidos en cruz. De improviso exclama: «Sabed, cristianos, que se acerca el día del juicio final. Convertíos, haced penitencia». Este modo de hablar no debía de extrañar mucho, porque apenas predicó un sermón en el que no hablase del juicio final, según dicen sus biógrafos; pero esta vez lo hace con tan grande instancia, que todos se convencen, todos tiemblan y todos lloran sus pecados. El Santo repite sin cesar la amenaza y luego añade: «Creed, hermanos, que es cierto lo que os anuncio, porque yo soy el ángel que vió San Juan volando por medio del cielo y diciendo: «Temed á Dios y honradle, porque se acerca el día del juicio». Muchos de los oyentes tuvieron por locura y jactancia del predicador esta afirmación, y el Santo, conociendo los juicios falsos que sobre sus palabras formaban, los desengaña diciendo: «Para que acabéis de convenceros, Dios quiere obrar un prodigio. ¡Id á la puerta de San Pablo y traedme la mujer difunta que llevan á enterrar! Como nadie tenía noticia de que hubiese muerto persona alguna, despreciaron el mandato. Por fin, algunos de los más devotos, fueron á dicha puerta de la ciudad y trajeron á la difunta y se la presentaron. «Quiere Dios, la dijo el Santo, que resucites para dar testimonio de lo que anuncio al mundo. Levántate y habla». La mujer se levantó en su ataúd y dijo: «Sí, padre, tú eres ese ángel del Apocalipsis, enviado por Dios para anunciar la próxima venida del juicio final». Preguntada después si quería seguir viviendo, contestó que sí; y de esta manera fué «testigo muerto y viviente, como observa un escritor, muchos años». El caso nadie lo pone en duda, y puesto que Dios lo confirmó con un tan grande milagro, se realizó indudablemente. El santo dominico era el ángel del Apocalipsis, y los juicios de Dios se hubiesen cumplido, si la condición de que dependía no llega á realizarse: esta era la penitencia. Hicieron peniten-

cia como los ninivitas, y Dios detuvo el castigo. Así aseguran muchos historiadores, que sólo con la predicación de este Santo se obraron miles de conversiones y pueblos enteros entraron en la Iglesia cristiana.

Después de contados estos dos estupendos milagros, se adivina fácilmente que la memoria del santo dominico sea eterna en Salamanca. Así lo atestiguan los muchos monumentos levantados en su honor. Recordemos el convento de la Merced, que sucedió á la sinagoga judáica, llamado también templo de la *Vera Cruz*, en memoria de aquellas cruces maravillosas. En la plazuela de San Cristóbal hay una cruz que recuerda la predicación del Santo; en San Juan de *los Barbalos*, que perteneció á los Templarios, hay en el muro una inscripción que dice haber predicado allí el Santo, y en la iglesia se conserva el púlpito de forma octógona; en una capilla cerrada de la Catedral, hay otro púlpito octógono, donde el Santo dijo que «Dios en su misericordia se había dignado obrar más de tres mil milagros por medio de él»; detrás de la Catedral hay una calle que lleva el nombre de *San Vicente Ferrer*. Hasta el año 1835 había en las esquinas imágenes que recordaban los hechos del Santo.

Pero sobre todo el llamado por excelencia *milagro de Salamanca* es el del *Monte Olivete*, que hoy es huerta de este Convento, por donación de los Reyes Católicos. En lo más alto se levanta una grande cruz de granito. Los cuadros que representan este milagro y lo mismo el de la sinagoga, se multiplicaron de una manera asombrosa. En el Museo provincial de Salamanca, instalado en este Convento, se conservan los dos. Una reliquia muy estimada hay en el relicario, y es el famoso sombrero de San Vicente, con el que tantos milagros se han hecho; la historia es larga, y como por otra parte es muy conocida, la omitiremos.

¿Que nos resta ahora? Besemos con respeto los lugares que este glorioso angélico taumaturgo santificó con su presencia. Y sobre todo los que estamos, por decirlo así, rodeados constantemente de los monumentos que nos hablan de él, no cesemos de recordar sus trofeos y recordar sus intimaciones á la penitencia y su amenaza con el juicio de Dios, que cada día se realiza en infinidad de almas.

Que este ángel proteja á su amada Salamanca, hecha pregonera de sus inauditas hazañas, y que los salmantinos, como fieles amadores de sus tradiciones santas, conserven el

respeto y veneración al que la dió nombre eterno á San Vicente Ferrer.

F. W.

---

## UN MODELO DE VIRTUD

---

(CONTINUACIÓN)

**L**A naturaleza tiene un límite: no es lo absoluto, lo sumo en el grado del sér. La hermosura, la melodía, los juegos caprichosos de la luz, todas las manifestaciones de la belleza, todos los fenómenos del mundo físico tienen para el hombre un atractivo poderoso, irresistible que excita su imaginación. Del mismo modo en el orden moral un guerrero, un varón prudente, un amigo fiel son acreedores á nuestras alabanzas, á nuestra admiración. Pero ni la grandiosidad del cuadro en el primer caso, ni el encanto de las virtudes en grado heróico en el segundo, satisfacen plenamente nuestras aspiraciones. A pesar de todo esto, aun los que poseen una voluntad recta, abnegada y enérgica, una inteligencia clara y penetrante y una palabra elocuente se ven obligados á luchar á veces con el imposible. Entonces es cuando el hombre, ya de suyo inclinado á sobreponerse, conoce su miseria, sus deficiencias, su imperfección, y lo confiesa, y mira hacia el cielo en demanda de ayuda, y extiende su mano como mendigo que es para recibir gratuitamente el complemento de sus deseos, la gracia de Dios. Para este auxilio considerado en sí no hay imposible; pero de ordinario obra según la norma que le fijamos nosotros mismos. Nada de violencia, nada de coacción: la gracia informa al alma como ésta informa al cuerpo. Cuando la gracia se recibe en un alma vigorosa y magnánima, supera todos los obstáculos que retardan nuestra santificación. Por el contrario, cuando se recibe en un alma pusilánime é inconstante, permanece estéril, no da frutos de vida eterna.

A través de los relatos precedentes hemos podido vislumbrar algo de las virtudes naturales que adornaban á nuestro héroe. El era caritativo, sufrido y paciente, accesible á los

sentimientos de compasión, de piedad, de religiosidad y hondamente impresionable por todos los actos, por todos los objetos en que se reflejaba la virtud.

Cuando se vió ya profeso y consideró la perfección de su estado, los deberes que implicaba, los medios y gracias superabundantes de que todos disponían para llenar esos deberes, su resolución fué decisiva. *Yo os prometo hacer siempre lo mejor*, dijo á su director espiritual; y guiado por él, se abandonó en las manos de Dios con una indiferencia filial. La gracia reinó sobre su alma con una paz más profunda que nunca: su vida era ya en Cristo, según la expresión del Apóstol. Para unirse más íntimamente á Dios se trazó un plan de vida más perfecto que el del año de noviciado, y á impulsos de sus aspiraciones sin límites corría á paso de gigante hacia la perfección.

En estas disposiciones, la Providencia quiso probarle, exigiéndole una serie de sacrificios que se consumarían con el de su propia vida. El soplo helado de la muerte le arrebató primeramente á una de sus hermanas, dominica, en el convento de Auch. Al tener noticia de su enfermedad, supo también que en el mismo convento acababa de expirar una novicia. A este suceso contestó él con una carta, donde vibra el acento de un lirismo celestial. «¡Felices esas almas privilegiadas, exclama él, que van á contemplar el rostro adorable de nuestro soberano Maestro!... Fácilmente se consuela uno cuando escucha la voz de estos seres queridos que os dice en éxtasis divino: *Estoy en el cielo*. ¡Oh, hermana querida!, ¿cuándo nos harás oír estas dulces y consoladoras palabras: *Estoy en el cielo?*... ¿Cuándo me dirás á mí, que quedo en este valle de lágrimas: *Hermano mio, consuélate, porque estoy en el cielo?* Tú deseas ir al cielo; escucha, pues, y retén lo que hoy te digo...: Cuando está uno en el cielo, en la compañía de los ángeles y de todos los bienaventurados, cuando se toca de cerca el trono de la misericordia y de la gracia todo se consigue: pide, pues, entonces para tu hermano un amor inmenso á Jesús Crucificado y á María Inmaculada, pide también para él el verdadero espíritu de la Orden, á que tiene la dicha de pertenecer, una caridad ardiente, una humildad profunda, una obediencia pronta, una pureza angelical, y con esto le habrás hecho el mayor de los servicios, el único que desea». Días después, al recibir la nueva del fallecimiento de su hermana, habiendo oído el re-

lato de su muerte, se contentó con decir: «Bienaventurados mil veces los que mueren con semejante muerte».

Este suceso tenía lugar á fines de Junio. Por el verano el Noviciado de San Esteban hizo una visita al santuario de Nuestra Señora de Montesclaros (Santander), dando ocasión á que los peregrinos que allí afluían de toda la Montaña admirasen su vida ejemplar.

Poco después una nueva y sensible pérdida vino á renovar la herida, todavía reciente, de la muerte de su hermana. El 18 de Septiembre, cuando Fr. Rafael se disponía para oficiar de diácono en la misa mayor, le ordenaron que partiese inmediatamente para Francia, para asistir en el último trance á su padre moribundo. Dos días después, siendo aún de noche, llamaba á la puerta de su casa paterna; pero ¡desgraciado! su padre ya no existía: la tierra le había recibido ya en su regazo. Al oír su voz, toda la familia se levanta y le estrechan entre sus brazos; mas él permanece mudo unos instantes. Después, al escuchar los detalles de la muerte, llora, reza y confía, porque conoce las virtudes sólidas de su padre.

Al día siguiente Fr. Rafael desahogábase en el corazón de su Padre Maestro, á quien escribía así: «Estoy huérfano: ya no tengo ni padre, ni madre. En adelante vos seréis mi padre... Llegué á casa el martes por la noche; pero no he tenido el consuelo de ver y de abrazar á mi pobre padre: él ya no existía. Su cuerpo estaba en la tierra, pero su alma en el cielo. Sí, mi padre está en el cielo, así lo creo firmemente. Este pensamiento me consuela. Yo creo que la Inmaculada Virgen, á quien confié todos los días sus últimos momentos, le habrá asistido en la hora suprema. Ha muerto en un día consagrado á la Reina del cielo, el sábado á las diez de la noche... Ayer ví al sacerdote que le asistió; me ha consolado mucho, porque dice que si esa alma no ha ido al cielo, él desespera de su propia salvación... Desde la muerte de mi hermana Teodora este querido padre deseaba con ansia abandonar la tierra para ir á ver á la hija que tanto amaba... ¡Oh, padre carísimo!, decidme ¿dónde estáis? Habéis deseado verme antes de morir, y yo me he ausentado; mas ahora, ¿por qué no me esperásteis? Quiero abrazaros, deciros una palabra para mi querida madre, para mi amada hermana... *Fiat voluntas Dei*».

Un día por la tarde fueron á visitar la tumba de sus padres, y postrados dirigieron al cielo algunas plegarias por su

traer el Santísimo. Desde entonces no se permitió abrir la iglesia, que se hubiera arruinado, si los fieles no hubiesen procurado quitar las goteras, principalmente por la parte donde estaba el Sagrario. Recientemente, gracias al decreto de tolerancia, pudo abrirse el templo, y ¡cuál no sería la sorpresa de los católicos al hallar las sagradas formas blancas y frescas como si estuviesen consagradas del día anterior!

**El Rosario entre los niños.**—En Italia está progresando admirablemente la *Asociación del Rosario entre los niños*. En tres meses han sido inscritos unos 8.715, y se espera que se aumente cada día más esta hermosa legión, que saludará todos los días á la Virgen con el rezo del santo Rosario. La Asociación cuenta con el apoyo y con las bendiciones del Papa y de muchísimos Obispos.

**La Beata Juana de Arco** —El 9 de Febrero tuvo lugar, ante la Congregación de Ritos, la primera sesión para proceder á la canonización de esta santa heroína, gloria de la Iglesia y del Ejército francés.

**Otro proceso de beatificación.**—El Ilmo. Sr. Obispo de Beauvais ha dirigido á la Santa Sede una petición, á fin de que se conceda el permiso para introducir la causa de beatificación del R. P. Captier y de sus compañeros, terciarios Dominicos de la Congregación de enseñanza, fundada por el P. Lacordaire, los cuales fueron sacrílegamente fusilados en 1871 por las tropas de la Comune en el patio del Colegio Arcueil.

**Nuevo Prelado Dominicó.**—El día de San José tomó posesión de la Sede arzobispal de Tarento (Italia) el Excmo. é Ilmo. José Cecchini, siendo recibido por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y por numeroso público. En la nueva silla hará seguramente tanto bien como en las de Altamura y Acuaviva.

**Un favor de Nuestra Señora de la Peña.**—D. Ulpiano Martín y doña Eudoxia Sánchez, residentes en la dehesa de San Pedro de los Milanos, perteneciente á la parroquia de Carrascal del Obispo, testifican que, teniendo cinco hijos enfermos, tres de ellos en estado grave, de una fiebre infecciosa, les encomendaron á Nuestra Señora de la Peña de Francia, y pronto empezaron á experimentar mejoría hasta llegar á verlos todos sanos. El favor fué más notable con respecto á la hija mayor que, además de la terrible calentura, tenía el cuerpo todo llagado. La gravedad aumentó de tal modo, que hubo que administrarle los últimos Sacramentos, y el médico, viéndola agonizante, la declaró deshauciada, y extendió el certificado de defunción. Pero, apenas la ofrecieron sus padres á la Santísima Virgen, cuando se la vió comenzar á revivir y restablecerse por momentos, viéndose en poco tiempo libre de todo peligro. Sucedió esto en Septiembre del año pasado, y sus padres nos ruegan hagamos constar su gratitud á la Virgen, su protectora.

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.